

hacia el mas hermoso de los mortales! Caed, paredes desapiadadas, pues quiero ofrecer mi vida al dueño de mi corazón!»

Así se lamentaba Cimodocea en el silencio de su calabozo, mientras el bullicio y tumulto rodeaban la prisión de los mártires. Estos oían por afuera un rumor confuso, semejante al estruendo de una catarata, al sordo zumbido de los vientos al estrellarse en las altas montañas, y al mugido de un incendio que ha prendido en un bosque de pinos, por la imprudencia de un pastor: era el impaciente pueblo.

Reinaba á la sazón en Roma una antigua costumbre: la víspera de la ejecución de los criminales condenados á ser arrojados á las fieras, se les daba á las puertas de su prisión una comida pública, llamada la *Comida libre*, en la que se les servían los mas exquisitos manjares: bárbaro refinamiento de la ley, ó clemencia brutal de la religión: aquella, por intentar hacer mas amable la vida á los que iban á perderla; esta, por no considerar al hombre sino en los placeres, y por pretender rodearle de ellos en el umbral del sepulcro.

Esta comida postrera era servida en una mesa inmensa, en el vestibulo de la cárcel. El pueblo, curioso al par que cruel, estaba esparcido en derredor y los soldados mantenían el orden. Los mártires salen de sus calabozos y van á ocupar sus asientos en aquel fúnebre banquete, cargados de cadenas, pero de manera que podían servirse de las manos, y los que no podían andar á causa de sus heridas, eran llevados por sus hermanos. Eudoro se arrastraba apoyado en hombros de dos obispos; y los demás confesores, por compasión y por respeto, tendían los mantos á su paso. Al salir de la puerta, la muchedumbre no pudo menos de prorumpir en un grito de ternura, y los soldados saludaron con las armas á su antiguo general. Los presos se sentaron sobre almohadones en frente de la multitud, mientras Eudoro y Cirilo ocupaban el centro de la mesa: los dos caudillos de los mártires reunían los mas hermosos dones de la juventud y la vejez: así descollaban José y Jacob en el banquete de Faraon. Cirilo invitó á sus hermanos á que distribuyesen entre el pueblo aquella opípara comida, para reemplazarla con un sencillo ágape compuesto de un poco de pan y vino puro; la multitud atónita guardaba silencio y escuchaba con avidez las palabras de los confesores.

«Esta comida, decía Cirilo, se llama con mucha propiedad la *Comida libre* porque nos emancipa de las cadenas del mundo y de los males de la humanidad. No Dios, sino el hombre ha hecho la muerte; el hombre nos dará mañana su obra, y Dios, autor de la vida, nos dará la vida. Roguemos, hermanos míos, por este pueblo, que compadeciendo hoy nuestro destino, se regocijará mañana en nuestra muerte. ¡Cuán digno es de lástima! Roguemos por él y por nuestro emperador Galerio.»

Y los mártires rogaban por el pueblo y por Galerio su emperador.

Los paganos, acostumbrados á ver á los criminales regocijarse locamente en la fúnebre orgía, ó lamentar cobardes la pérdida de su vida, no podían salir de su estupor. Los mas instruidos decían:

«¿Qué congreso de Catones es este, donde se habla tranquilamente de la muerte en la víspera de la muerte? ¿No son unos filósofos estos hombres que se nos pintan como enemigos de los dioses? ¿Qué magestad brilla sobre su frente! ¿qué sencillez respiran sus ademanes y lenguaje!

La muchedumbre decía:

«¿Quién es ese anciano que habla con tanta autoridad y enseña máximas tan bellas y sanas? Los cristianos ruegan por nosotros y por el emperador; nos compadecen, nos regalan su comida; y cubiertos de heridas, nada dicen contra nosotros ni contra sus

jueces. ¿Su Dios será acaso el verdadero Dios?»

Tales eran los discursos de la multitud. Entre tantos desgraciados idólatras, algunos se retiraron llenos de sorpresa, mientras otros gritaban llorando:

«¡Grande es el Dios de los cristianos! grande es el Dios de los mártires!»

Y procurando hacerse instruir, reconocieron á Jesucristo.

«¿Qué espectáculo para Roma pagana! ¿Qué lección tan elocuente le daba aquella comunión de mártires, aquellos hombres que próximos á su fin, continuaban sus discursos llenos de unción y caridad. Tal, cuando una bandada de ligeras golondrinas se prepara á abandonar nuestros climas, se la ve reunirse orillas de un solitario estanque ó sobre la torre de campestre iglesia; todo repite los dulces cantos de la partida; y no bien se levanta el aguilón, emprenden su vuelo y van á buscar otra primavera y una tierra mas propicia.»

En medio de tan tierna escena, vióse llegar á un esclavo que rompiendo la muchedumbre se acercó á Eudoro, á quien entregó una carta de parte del juez. Eudoro leyó la carta, concebida en estos términos:

Festo juez, á Eudoro cristiano, salud!

«Cimodocea ha sido condenada á los lugares infames, donde la espera Hierocles. Te suplico por el afecto que me has inspirado, que sacrifiques á los dioses; ven á reclamar á tu esposa, y juro hacértela devolver pura y digna de ti.»

Eudoro cae desvanecido y todos le muestran su celo; los soldados que le rodean se apoderan de la espantosa carta; el pueblo la reclama y un tribuno la lee en alta voz; los obispos enmudecen consternados, mientras la multitud se agita tumultuariamente. Eudoro vuelve en sí, y los soldados arrodillados le dicen:

«Compañero, sacrifica! Hé aquí nuestras águilas á falta de altares.»

Y le presentaban una copa llena de vino para la libación. Una tentación horrible se apodera entonces del corazón de Eudoro. Cimodocea arrojada á los lugares infames! Cimodocea en brazos de Hierocles! El pecho del mártir se eleva; sus vendajes estallan y su sangre corre con profusión. El pueblo enternecido cae de rodillas á su vez, y repite con los soldados:

«Sacrifica! sacrifica!»

Eudoro dice con sordo acento:

«¿Dónde están las águilas?»

Los soldados golpean sus escudos en señal de triunfo, y se apresuran á llevarle las insignias imperiales: Eudoro se levanta con penoso esfuerzo, y sostenido por los centuriones se acerca al pie de las águilas: hondo silencio reina entre la dudosa muchedumbre. Eudoro toma la copa con resuelto ademán; los obispos cubren sus cabezas con los mantos, y los confesores exhalan un grito de terror; á este grito, Eudoro arroja la copa, derriba las águilas, y volviéndose tranquilo hacia los mártires, exclama con voz segura:

«Soy cristiano!»

### LIBRO VIGESIMOTERCERO.

UMARIO. Satanás reanima el fanatismo del pueblo. Explicación de la carta de Festo. Muerte de Hierocles. El Ángel de la esperanza visita á Cimodocea. Esta recibe la túnica de los mártires. Doroteo libra á Cimodocea de la cárcel. Júbilo de Eudoro y los confesores. Cimodocea vuelve á hallar á su padre. El Ángel del sueño.

El príncipe de las tinieblas miraba convulso de furor la piedad del pueblo y la victoria de los confesores.

«¿Cómo! exclamaba, habré hecho temblar sobre su trono al que los ángeles esclavos han apellidado el Todopoderoso; me habrán bastado algunos instantes para desfigurar la obra de los seis dias; el hombre habrá sido mi fácil presa, y próximo ya á triunfar de Cristo, mi último enemigo, un mártir insultará mi poder! ¡Ah! ¡reanimemos contra los cristianos el furor de un pueblo insensato, y embriaguémos hoy Roma con el incienso de los ídolos y la sangre de los mártires!»

Dice; y toma al punto el aspecto, gesto y voz de Tagés, cabeza de los arúspices. Despoja la inmortal cabeza de los restos de su brillante cabellera, ultrajada por las llamas del abismo; las cicatrices que la desesperacion y el rayo han impreso en su frente, cámbianse en venerables arrugas; oculta sus plegadas alas bajo los amplios contornos de un manto de lino, y encorvándose sobre un báculo augural, adelántase al encuentro de la multitud que del banquete de los mártires volvía.

«Pueblo romano! exclama, ¿qué significa esa compasión sacrilega? ¿Cómo! ¿tu emperador te prepara magníficos espectáculos, y deploras la suerte de unos malvados, escoria vil de las naciones! ¡Soldados! ¿veis derribadas vuestras águilas, y os conmovéis á favor del que las derriba! ¿Qué dirían los Escipiones y los Camilos, si de sus tumbas se alzasen? Rechazad una conmiseracion criminal, y en lugar de compadecer á los enemigos del cielo y de los hombres, corred á vuestros templos á suplicar por la salud del príncipe y á celebrar la fiesta de los dioses.»

Así hablando, el ángel rebelde sopla sobre la inconstante muchedumbre el vértigo y el furor; y la insaciable sed de sangre y placeres se enciende en las almas en que súbitamente se estingue la piedad. Un victimario grita:

«¡Oh cielo! ¿qué prodigio miro? He dejado á Tagés en el Capitolio y le encuentro aquí. ¡Romanos! no lo dudeis; este arúspice es alguna divinidad oculta bajo la figura de Tagés, que viene á reconveniros por vuestra culpable piedad y á anunciaros los decretos de Júpiter.»

El espíritu de tinieblas desaparece, y el pueblo poseído de pavor, corre á los altares de los ídolos á espíar un momento de humanidad.

Galerio celebraba á la vez su natalicio y su victoria sobre los persas. Aquel día caía en las fiestas de Flora, y á fin de captarse mas el ánimo del pueblo y de los soldados, el emperador restableció las fiestas de Baco, suprimidas por el senado hacia ya mucho tiempo. Horrores tantos debían ser coronados con los juegos del anfiteatro, donde todos los cristianos presos debían recibir la muerte. Imprudentes prodigalidades cuya origen era la ruina de los ciudadanos y especialmente el despojo de los fieles, habían cambiado el ánimo de la multitud, á la que se permitía y aun se decretaba todo género de libertinaje. Al resplandor de las antorchas, parte del pueblo asistía en la

via Patricia á las prostituciones públicas, donde las desnudas meretrices, reunidas al son de la trompeta, celebraban con oscenos cantares á aquella Flora, que legara su fortuna impúdica á un pueblo lleno entonces de pudor. Galerio subía al Capitolio en un carro tirado por elefantes, y precedido de la cautiva familia de Narsés, rey de los persas. Los bailes y la vociferación de las Bacantes variaban y multiplicaban el desorden. Innumerables odres y toneles estaban abiertos cerca de las fuentes y en las encrucijadas de la ciudad, y el pueblo se embadurnaba el rostro con los heces del vino amasado con lodo. Baco era conducido en triunfo sobre unas andas, mientras sus sacerdotisas, agitando en derredor encendidas antorchas y tirso rodeados de pámpanos, brincaban al son de los címbalos, tambores y clarines; sus cabellos flotaban, sueltos y su vestido se reducía á una piel de

ciervo atada sobre sus hombros por medio de culebras que en torno de sus cuellos se enlazaban. Unas llevaban en brazos tiernos cabritos; otras presentaban los pechos á lobeznos, ostentándose todas coronadas de ramas de encina y de abeto, mientras unos hombres disfrazados de sátiros las acompañaban, llevando un macho cabrio ceñido de guirnaldas. Aquí se veía á Pan con su flauta; mas allá se adelantaba Sileno, cuya cabeza presa del vino, caía de un hombro á otro, caballero sobre un jumentillo y sostenido por los Faunos y Silvanos. Una Ménade ostentaba su corona de yedra y un Egipano su casi colmada taza; el bullicioso séquito vacilaba en su marcha y brindaba á Baco, á Venus y á la Injuria. Tres coros cantaban alternativamente:

«Cantemos á Evohé; repitámos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!»

«Hijo de Senecle honor de Tebas la del escudo de oro, ¡ven á bailar con Flora, esposa de Céfiro y reina de las flores! ¡Baja á nuestro suelo, oh consolador de Ariadna, tú que festivo recorres las cumbres del dsmaro, del Ródopo y el Citeron! Dios de la alegría, hijo de la hija de Cadmo, las niñas de Nisa te criaron con el auxilio de las Musas en una embalsamada caverna. Salido apenas del muslo de Jupiter, domaste los humanos, rebeldes á tu culto. Te burlaste de dos piratas de Tirsene que te ensalzaban como á hijo de un mortal; hiciste correr un delicioso vino en la negra nave y caer desde las altas velas las ramas de una fecunda parra; una yedra cargada de fruto creció de verde el mástil, y numerosas coronas cubrieron los bancos de los remeros; un leon se mostró en la popa, y trocados en delphinés, los marineros se arrojaron á las profundas olas. ¡Y tu reñas, oh rey Evohé!»

«Cantemos á Evohé; repitámos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!»

«Vástago de las Híadas y las Horas alumno de las Musas y de Sileno, tú en quien brillan los negros ojos de las Gracias, los dorados cabellos de Apolo y su inmortal juventud, oh Baco! abandona las playas de la subyugada India y ven á reinar sobre la Italia, adonde se recogen los exquisitos vinos de Perno y Cecuba; dos veces al año el maduro fruto pende del árbol, y el corderillo del pecho de su madre; vuelan en nuestros campos fogosos corceles, y á lo largo del Clitume pacen los toros sin mancha que se encaminan al Capitolio delante del vencedor romano. Dos amares traen á nuestras fértiles costas los tesoros del mundo. El bronce, la plata y el oro corren á manear de rios en las entrañas de esta tierra sagrada, cuna de famosos pueblos y de héroes aun mas famosos. «Salve, tierra fecunda, tierra de Saturno y madre de los eminentes varones. ¡Ojalá lleves por largos siglos los tesoros de Ceres, y te conmuevas al grito de Evohé!»

«Cantemos á Evohé! repitámos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!»

«¡Ay! los hombres pueblan una misma tierra; mas, ¡cuanto, cuánto difieren entre sí! ¿Pueden acaso ser considerados como hermanos y moradores de una misma ciudad los que ven transcurrir sus dias en el regocijo, mientras otros los invierten en llanto amargo; los felices que cantan un himeneo y los desventurados que celebran unos funerales?»

«¿Cuán tierno era, en medio del delirio de Roma pagana, ver á los cristianos ofrecer humildemente á Dios sus plegarias, deplorar los excesos criminales y dar todos los ejemplos de la modestia y la razon en medio de la disolucion y la torpe embriaguez! Algunos altares ocultos en los calabozos, en lo mas retirado de las catacumbas, sobre los sepulcros de los mártires, reunían en derredor á los perseguidos fieles, que ayunaban y velaban, víctimas voluntarias que se ofrecían para espíar los crímenes del mundo; y

mientras los nombres de Flora y Baco resonaban en abominables himnos, en medio de la sangre y del vino, los nombres de Jesucristo y María se repetían en secreto en castos cánticos, en medio de las lágrimas.

Todos los cristianos, encerrados en sus casas, evitaban á la vez el furor del pueblo y el espectáculo de la idolatría. Solo se veía en las calles á algunos sacerdotes destinados al servicio de los hospitales y prisiones; á algunos diáconos encargados de salvar á los pobres condenados á muerte por Galerio; á algunas mujeres que recogían los esclavos abandonados por sus señores y los niños espósitos. ¡Oh caridad sublime de los primeros fieles! Mientras su muerte era el principal aliciente de las fiestas paganas, ellos se ocupaban de la suerte de los idólatras, como si estos se les hubiesen mostrado compasivos y tiernos hermanos!

Rechazados los rudos asaltos del príncipe de las tinieblas, los mártires victoriosos habían vuelto á sus calabozos; tal, en otro tiempo, bajo los muros de Ilión un puñado de héroes se arrojaba sobre los sitiadores de la ciudad; y, destruyendo los trabajos, cegando los fosos y arrancando las empalizadas, los denodados hijos de Laomedonte entraban en triunfo en sus sagradas murallas. Empero Eudoro, fatigado por el último combate, no podía alzar la abatida cerviz; en vano le hablaban los obispos, y le consolaban encareciendo su valor, pues permanecía mudo é insensible, no pudiendo alejar de su memoria la imagen de los nuevos peligros de Cimodocea. ¡Cómo espresar los tormentos del mártir! ¡Ya casi sentado sobre las nubes, ha podido titubear, y tal vez titubea aun entre la ignominia de la apostasia, la eternidad de los dolores del infierno y los males que en tan críticos momentos le aquejan!

El hijo de Lastenes ignoraba que había sido engañado deliberadamente por el juez. Festo era amigo del prefecto de Roma, y esta sola razón le hubiese impedido entregar á Cimodocea á Hierocles; pero Festo, que había además admirado las respuestas y la magnanimidad de Eudoro, al bajar de su tribunal se dirigió al palacio de Galerio, para suplicarle nombrase otro juez á los cristianos.

«No necesitamos jueces, exclamó el irritado tirano; esos malvados consideran como una gloria su suplicio, y la tenacidad con que á él caminan corrompe al pueblo y á los soldados. ¡Con qué insolencia se ha atrevido su caudillo á sufrir los tormentos! Quiero ya que no perdamos tiempo en atormentarles; condeno á ser arrojados á las fieras á todos los cristianos de las prisiones, sin distinción de edad ni sexo, en mi día natalicio. ¡Marcha y publica esta sentencia!»

Conociendo Festo el violento carácter de Galerio, publicó sin replicar las órdenes del príncipe, aunque diciéndose como Pilatos:

«Soy inocente de la muerte de estos justos.»

Cuando Hierocles fué á buscarle en medio de la noche, esperó una nueva compasión hacia Eudoro. Un hombre naturalmente cruel como lo era el juez de los cristianos, podía no obstante ser enemigo de la bajeza; así, pues, indignado al oír los viles designios del caído ministro, le ocurrió la idea de aprovechar la proposición del malvado, para salvar al hijo de Lastenes, comprometiéndole á que sacrificase á los dioses, por lo que escribió la carta que Eudoro recibiera en el banquete funerario.

Dios, que quería el triunfo de su Iglesia, hacia servir á la gloria de los mártires todo lo que hubiera podido arrebatarles la corona. Así, la firmeza de Eudoro en la tortura contribuyó á apresurar la muerte de sus compañeros, y la carta de Festo agravó los males que estaba destinada á prevenir. Noticioso Galerio de la escena del banquete, depuso á los centuriones que mostraron algún respeto á su antiguo

general; al mismo tiempo fueron alejadas de Roma, bajo diferentes pretextos, las legiones extranjeras, y solo los pretorianos, ébrios de vino y oro, quedaron encargados de la defensa de la ciudad. Llegando de nuevo á oídos del emperador los nombres de Cimodocea, Eudoro y Hierocles, se entregó á una violenta cólera, bajo cuya impresión designó particularmente á la esposa de Eudoro para las ejecuciones del día siguiente, y mandó que el hijo de Lastenes se presentase solo y primero que los demás en el anfiteatro, privándole así de la dicha de morir con sus hermanos; mandó por último que Hierocles fuese conducido al lugar señalado para su destierro.

Esta sentencia bruscamente comunicada á Hierocles, le dió el golpe de muerte. La paciencia y la misericordia de Dios tocaban á su término, pronta ya su justicia á hacerse sentir. No bien había Hierocles salido de la casa del juez, sintióse de nuevo herido por la cuchilla del Angel exterminador, y pronto la enfermedad que le devoraba no dejó á los médicos esperanza alguna. Los paganos, que consideraban la lepra como una maldición del cielo, huían del apóstata, y hasta sus esclavos le abandonaron. Desechado de todo el mundo, no halló auxilio alguno sino en los hombres á quienes había perseguido con tanta crueldad. Los cristianos, cuya caridad se atreve á arrostrar todas las miserias humanas, abrieron sus hospitales á su duro perseguidor, quien tendido cerca de un mutilado confesor, veía aliviados sus dolores por la misma mano que acababa de curar las heridas de un mártir. Empero tantas virtudes contribuyeron únicamente á exasperar al réprobo: ya llamaba á gritos á Cimodocea, ya creía ver á Eudoro armado de flamígera espada, amenazándole desde lo alto del cielo. Habiéndole sido comunicada en medio de este frenesí la última orden de Galerio, incorporóse como un espectro en su pestilente lecho, y con voz cóncava y balbuciente murmuró estas palabras:

«¡Voy á descansar para siempre!»

Y espiró. ¡Espantosa é ilusoria esperanza! Aquella alma que creía morir con el cuerpo, en lugar de una profunda y tranquila noche, descubre de repente en el fondo del sepulcro una luz prodigiosa, mientras una voz que sale del centro de aquella luz, pronuncia perceptiblemente estas palabras:

«Yo soy. El que soy.»

La eternidad viva es revelada al alma del ateo. Tres verdades hieren á la vez su alma confundida: su propia existencia, la de Dios y la certidumbre de las recompensas sin término y los castigos sin fin. ¡Oh! ¡por qué no se ha sepultado entre las ruinas del universo, para ocultarse al Supremo juez! Una fuerza invencible la arrastra desnuda y trémula hasta el pie del tribunal de Dios, y en un solo momento ve al que ha negado en el tiempo, y no volverá á ver en la eternidad. El Todopoderoso se descubre sobre las nubes: su Hijo está sentado á su derecha, rodeado del ejército de los santos, y el infierno acude á reclamar su presa. El Angel custodio de Hierocles, confuso y lloroso se mantiene todavía al lado de este infeliz.

—Angel, dice el Arbitro supremo, ¿por qué no has defendido á esta alma?

— Señor, responde el ángel velándose con sus alas, ¡tú eres el Dios de las misericordias!

— ¡Criatura! dijo la misma voz, ¿el ángel no te ha dado saludables advertencias?

Sumida el alma en profundo terror, se había juzgado á sí misma, y nada replicó.

«¡Nos pertenece! gritaron en discordes alarido los ángeles rebeldes; esta alma ha engañado al mundo mintiendo sabiduría, ha perseguido la inocencia, ultrajado el pudor, derramado la sangre inocente, y no se ha arrepentido.»

«¡Abrid el Libro de vida!» dice el Anciano de los días.

Un profeta abrió el Libro de vida; ¡el nombre de Hierocles estaba borrado!

«¡Vé, maldito, al fuego eterno!» gritó el Juez incorruptible.

Al punto, el alma del ateo empieza á aborrecer á Dios con el aborrecimiento de los réprobos, y cae en las ardientes profundidades.

El infierno se abre para recibirla y se cierra murmurando!

«¡La eternidad!»

Y el eco del abismo repetía:

«¡La eternidad!»

El Padre de los humanos, que acaba de castigar el crimen, resuelve coronar la inocencia.

Habita el cielo una potencia divina, inseparable compañera de la religión y la virtud, y que nos ayuda á sobrelevar la vida: se embarca con nosotros para mostrarnos el puerto de las tempestades, igualmente benigna y propicia para con los viajeros célebres como para con los viajeros de ignorado nombre. Aunque sus ojos están cubiertos con una venda, sus miradas penetran el porvenir; tal vez ostenta en su mano galanas flores, tal vez una copa llena de un bálsamo benéfico; nada es comparable á su voz seductora y graciosa sonrisa; cuanto mas nos acercamos al sepulcro, mas pura y radiante se muestra á los consolados mortales: la Fe y la Caridad la llaman su hermana, y su nombre es la Esperanza.

El Eterno manda bajar á este hermoso serafín, y mostrar desde lejos á Cimodocea las alegrías celestiales para sostenerla en medio de las terrenas tribulaciones. Un falso rumor había interrumpido algunos instantes las amarguras de la joven cristiana, pues había corrido por Roma la voz de que Eudoro acababa de alcanzar su perdón, rumor producido por la carta de Festo y por la escena de la Comida libre mal interpretada. Blanca se había apresurado á comunicar esta inexacta noticia como un hecho cierto á la hija de Demodoco; ¡pero cuánto hubo de arrepentirse Blanca de su indiscreta bondad, cuando supo el verdadero destino de Eudoro y la sentencia que condenaba á muerte á todos los cristianos de las prisiones! Sevo, lleno de brutal regocijo, le manda entregar á Cimodocea el vestido de las mártires, que consistía en una blanca túnica, un ceñidor negro, unos borceguies, un manto del mismo color y un velo blanco. La débil y desconsolada carcelera cumplió llorando su doloroso mensaje, sin tener la fuerza necesaria para desengañar á la huérfana y noticiarle su suerte.

—Aquí tienes, le dijo, hermana mía, un vestido nuevo. ¡La paz del Señor sea contigo!

¿Qué vestido es este? preguntó Cimodocea; ¿es mi traje nupcial? ¡Me lo envía mi esposo?

—Es preciso vestirlo por él, replicó la carcelera.

— ¡Oh! dijo Cimodocea llena de alegría; mi esposo ha obtenido su perdón, y realizaremos al fin nuestro himeneo.

Blanca sentía desgarrado su corazón, y se limitó á decir, alejándose:

— ¡Ruega, hermana mía, por tí y por mí!

Sola ya Cimodocea, contempla su vestidura de gloria y la toma en sus hermosas manos, diciendo:

— Me mandan que me atavía para mi esposo, y es preciso obedecer.

Y cúbrese con la túnica que ajusta con el negro ceñidor; calza con los borceguies sus pies mas blancos que el mármol de Paros; envuelve en el velo la gentil cabeza, y suspende de sus torneados hombros el manto: tal, la Musa de las ficciones nos pinta la Noche, madre del Amor, oculta en sus azules velos y fúnebres crespones; tal, Marcia (menos joven, menos bella y menos virtuosa), se mostró al último Caton, cuando reclamó á este por esposo en medio de los infortunios de Roma, y cuando se presentó en el altar del himeneo con el traje de una desconsolada

viuda. ¡Cimodocea ignoraba se había cubierto con las vestiduras de la muerte! Contéplase en aquel triste atavío que presta á sus atractivos mayor realce, y recuerda el día feliz en que se engalanara con los brillantes atavíos de las Musas para ir con su padre á mostrar su justa gratitud á la familia de Lastenes. «Mi traje nupcial, se decía, no es tan deslumbrador, pero agrada tal vez á mi esposo, porque es un traje cristiano.»

El recuerdo de su primera felicidad, unido al de la encantadora Grecia, inspiró á la hija de Homero; y sentándose delante de la ventana de la prision y apoyando en su mano la cabeza hermoheada con el velo de los mártires, suspiró estas armoniosas palabras:

«¡Raudos bajeles de la Ausonia, hended la tranquila y ardiente mar! Esclavos de Neptuno, abandonad la vela al amoroso soplo de los vientos, encorvaos bajo el ágil remo, y llevadme á mi esposo y á mi padre en las afortunadas orillas del Pamiso.»

«¡Volad, aves de Libia, cuyo flexible cuello se dobla muellemente, volad á la cumbre del Itomo, y decid que la hija de Homero va á saludar de nuevo los laureles de la Mesenia!»

«¿Cuándo tornaré á ver mi lecho de marfil, la luz del sol tan grata á los mortales, las praderas esmaltadas de flores, regadas por cristalinas corrientes y embellecidas por el aliento del pudor?»

«Yo era semejante á la ternerilla hija de una gruta, que vaga por las montañas y se alimenta al son de los pastoriles instrumentos. Hoy, en solitario encierro, sobre el mísero lecho de Ceres....»

«¿Por qué, empero, intentando cantar como la amante avecilla, suspiro como la flauta consagrada á los muertos? No obstante, estoy vestida de pompa nupcial; mi corazón sentirá las alegrías y las inquietudes maternales, veré á mi hijo asirse á mí como el tímido pajarillo que se cobija bajo las alas de su madre. ¡Ah! ¿no soy un tierno pajarillo arrebatado al nido paterno?»

«¿Cuanto, cuanto tardan mi padre y mi esposo! ¡Oh! ¡si me fuese dado invocar aun á las Gracias y á las Musas! ¡Si pudiese consultar el cielo en las entrañas de la víctima! Pero ofendo á un Dios á quien apenas conozco; ¡descansemos sobre la cruz!»

La noche envolvía á la embriagada Roma, cuando abriéndose repentinamente las puertas de la cárcel, se presenta á Cimodocea el centurion encargado de leer á los cristianos la sentencia del emperador; acompañábanle muchos soldados, y otros, detenidos en los patios exteriores, prodigaban al carcelero el vino de los ídolos.

Bien así como una paloma sorprendida por el cazador en la concavidad de un peñasco, queda inmóvil de espanto sin atreverse á tender las alas por los espacios del cielo: la hija de Demodoco permanece muda de estupor y susto en el medio roto asiento. Los soldados encienden una tea, y ¡oh prodigio! la esposa de Eudoro reconoce á Doroteo disfrazado de centurion. Doroteo contempla á su vez, sin poder articular una palabra, á aquella mujer con las vestiduras del martirio. Nunca la había visto tan hermosa: la túnica azul y el manto negro realzaban la blancura de su tez, y sus ojos cansados de llorar, tenían una dulzura angelical; semejaba á un naciente narciso que inclina su lánguida corola orillas de solitario manantial. Doroteo y los demás cristianos disfrazados de soldados, elevaron al cielo las manos, derramando copiosas lágrimas.

— ¡Eres tú, compañero de mis peregrinaciones en la ausencia de mi patria? exclamó la joven meseniana arrodillándose y alzando las manos á Doroteo; ¡visitas al fin á tu protegida Estér! ¡Generoso mortal! ¿vienes á devolverme á mi esposo y á mi padre? ¡Cuán larga sin tí hubiera sido esta noche!

Doroteo respondió con voz interrumpida por los sollozos:

—¡Cimodocea! ¿sabes ya cuál es tu suerte? Ese traje....

—Es mi traje nupcial, dijo la candorosa doncella; pero si todo ha terminado, si mi esposo se ha salvado, si soy libre, ¿á qué esas lágrimas y ese misterio?

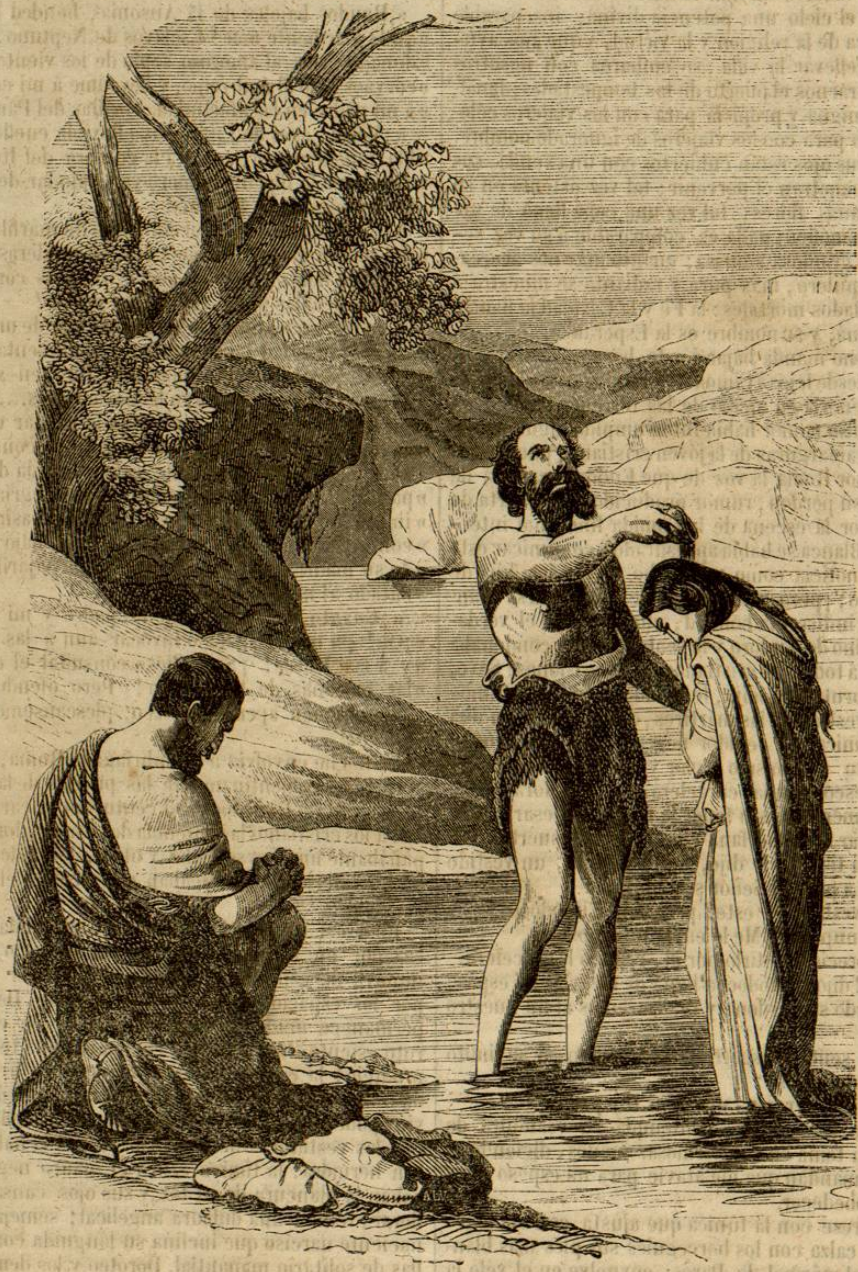
—¡Huyámos! replicó Doroteo, envuélvete en este manto y no perdamos un solo instante. Acompañado de estos animosos amigos, he penetrado en tu encierro á favor de este disfraz, y habiéndole mostrado

la sentencia del emperador, Sevo me ha creído el centurion que vendrá á leerle la sentencia.

—¿Qué sentencia? preguntó alarmada la hija de Homero.

—¿Ignoras, repuso Doroteo, que los cristianos de las prisiones están condenados á morir mañana en el anfiteatro?

—¿Mi esposo se halla comprendido en esa sentencia? dijo la nueva cristiana, levantándose con una gravedad hasta entonces no mostrada; ¡habla, no me engañes! No conozco el juramento inviolable de los



BAUTISMO DE CIMODOCEA.

cristianos: yo hubiera jurado en otro tiempo por el Erebo y por el genio de mi padre. Hé aquí nuestro libro sagrado; en él está escrito: «¡No mentarás!» jura, pues, sobre el Evangelio que Eudoro está en salvo.

Doroteo palideció y anegado en lágrimas respondió:

—¡Mujer! ¿quieres que te hable de la gloria de que tu esposo se ha cubierto, y de la que aun le espera?

—Cimodocea tembló cual la palmera herida por el rayo.

—Tus palabras, dijo, han penetrado en mi corazón como un puñal. ¿Y quieres que huya? No reconozco en tu consejo las máximas de un cristiano. Eudoro está cubierto de heridas por su Dios, y mañana luchará con las fieras; ¡y pretendes que sustrayéndome á mi suerte, le abandone á la suya! Si tal vez débil y abatida he dirigido á la vida una mirada de amor,

todos esos mezquinos temores, hánse ya disipado. ¡No! las aguas del Jordan no han corrido en vano sobre mi cabeza! Yo te saludo, sagrada túnica, cuyo valor ignoraba, lo veo ya: ¡tú eres la vestidura del martirio! La púrpura que te enrojecerá mañana será inmortal, y me hará mas digna de presentarme á mi esposo!



CIMODOCEA EN LA PRISION, EN TRAJE CRISTIANO.

Esto diciendo, Cimodocea, poseida de un entusiasmo divino, acercó á sus labios la túnica y la besó con respeto.

—Pues bien! dijo Doroteo, si te niegas á seguirme, todos moriremos contigo, pues permaneceremos aquí, nos declararemos cristianos y mañana nos conducirás al anfiteatro. ¡Mas, cómo! ¿la Religión te ordena esa barbarie? ¿Pretendes morir sin recibir la bendición de tu padre, sin abrazar á ese anciano que te espera, y á quien tu resolución abismará en el sepulcro? ¡Ah! si le hubieses visto cubrir sus canos cabellos con ardientes cenizas, rasgar sus vestiduras y revolverse al pié de las paredes de tu encierro! ¡Cuánto, Cimodocea, cuánto te hubieras enternecido!

Como el hielo formado por la noche en los primeros dias de la primavera se derrite á los rayos del sol; como la flor próxima á abrirse, rompela leve cubierta del capullo que la encierra: así se desvaneció la resolución de Cimodocea al oír aquellas palabras; así la piedad filial brilló y reverdeció en su corazón. No podia resolverse á comprometer la existencia de los hombres generosos que por salvarla se esponian; no podia morir sin procurar dar consuelo á Demodoco; enmudece un momento, atenta á los consejos del ángel de las celestiales esperanzas que habla á su alma, y concibiendo súbitamente un proyecto sublime exclama:

«Llebadme á los brazos de mi padre!»

Los cristianos, en el colmo de su alegría, cubren con un casco los cabellos de la doncella y la envuel-

ven en una de aquellas togas blancas bordadas de púrpura que los adolescentes usaban en Roma al salir de la niñez. Cimodocea semejaba á la ligera Camila, al hermoso Ascanio ó al desventurado Marcelo. Los cristianos rodean á la hija de Homero, apagan las antorchas y dejan al ébrio carcelero cerrar vigilante las puertas del abandonado calabozo.

La santa comitiva se dispersa en la noche, y Zacarias va á comunicar á Eudoro la fausta nueva de la libertad de Cimodocea.

La generosa mentira del billete de Festo era conocida ya en la prision de San Pedro, y el hijo de Lastenes se sentia aliviado de un insoportable dolor. Pero cuando Zacarias fue á decirle que la oveja habia salido de la caverna de los leones, exhaló un grito de alegría que fue repetido por todos los mártires. Los confesores admiraban á los fieles que por la fe combatian, mas no deseaban ver correr la sangre de sus hermanos. Las víctimas entristecidas por la amargura del hijo de Lastenes, recobraron la perdida serenidad, y no tratando ya sino de morir, empezaron por dar gracias al Dios que libró á Joas de las manos de Atalia. Luego se entregaron á graves discursos y piadosas exhortaciones: Cirilo hablaba con magestad, Victor con energía, Ginés con alegría, Gervasio y Protasio con fraternal unción. Perseo, el descendiente de Alejandro, ofrecia lecciones históricas, y Traseas, el ermitaño del Vesubio, envolviendo sus máximas en risueñas imágenes, decia á Perseo:

—Toda vez que la vida se reduce á breve número de dias ¿qué habrias reportado de las grandezas de tu

cuna? ¿Qué te importa hoy haber terminado tu travesía en frágil esquife ó en soberbia trirreme? Pero el modesto esquife es preferible, porque boga sobre la corriente no lejos de la orilla, que le presenta mil abrigos, mientras el fastuoso bajel navega sobre un mar proceloso donde los puertos son escasos, frecuentes los escollos, y donde por lo regular no se puede echar el áncora, por no permitirlo la insondable profundidad del abismo.»

Tales eran la libertad de espíritu, la alegría y jovialidad de aquellos hombres que pasaban su postre nocturno sobre la tierra. Los mártires ancianos y los jóvenes, animados por el soplo del Espíritu Santo, derramaban todos los tesoros de las virtudes, y presentaban reunidos y mezclados los mas amables frutos de la sabiduría; tales se ostentan los feraces campos de la Campania: el trigo nuevo es sembrado á la sombra del álamo añoso que presta á la viña amigo apoyo; el pajizo techo se alza en busca del sazonado racimo que se inclina á su vez hácia las doradas espigas; la plácida brisa que se desliza entre los frondosos emparrados, agita los álamos, las espigas, las guirnaldas de la viña y mezcla los suaves perfumes de las mieses, de los jardines y los bosques.

Doroteo, semejante á un animoso pastor, se habia abierto camino á través de la idólatra muchedumbre. En la vertiente del monte Esquilino se elevaba un retiro habitado en otro tiempo por Virgilio, y á cuya puerta un laurel atraía la veneración del pueblo. Doroteo, en sus días de prosperidad, habia comprado aquella posesión para hermosearla, y en ella ocultó á la hija de Homero; Demodoco llenaba aquel apartado asilo con el eco de sus dolientes quejidos, cuando sentado en el suelo y creyendo ver á dos guerreros adelantarse á través de las sombras, exclamó con voz sonora:

—¿Quiénes sois? Fantasmas enviados por las sangrientas Eumenides, ¿venís á sepultarme en la pavorosa noche del Tártaro, ó sois genios cristianos que me anunciáis la muerte de mi hija? ¿Caiga el Cristo y sus templos! ¿caiga el Dios que clava en la cruz á sus adoradores!

—Ellos son, no obstante, los que te devuelven tu hija, dijo Cimodocea, arrojándose al cuello de su padre.

El casco de la joven mártir rueda con estrépito y sus cabellos caen sueltos sobre sus hombros y espalda: el guerrero se ha convertido en encantadora doncella. Atónito Demodoco pierde el uso de sus sentidos, y esplicándole unos misterios que apenas puede comprender, Cimodocea le consuela con sus palabras y desvelos:

—Oh padre mio, le dice, vuelvo al fin á verte despues de una cruel separación! hé aquí á tus pies á tu Cimodocea, de quien tus labios aprendieron á pronunciar el tierno nombre de hija. Tu me recibiste en tus brazos á mi nacimiento, y me colmaste de caricias y bendiciones. ¿Cuántas veces, estrechada por tus brazos, te he prometido hacerte el mas venturoso de los mortales! ¿Y he podido ser la causa de tus amargas lágrimas! ¿Oh padre mio! ¿no son ilusión estos abrazos que te doy? ¿Ah! gocemos estos momentos de inesperada ventura, porque ya sabes que el cielo está dispuesto siempre á despojarnos de los dones que nos concede.

De modoco exclamó.

—Gloria de mis antepasados, hija mas preciosa á mi corazón que la luz que alumbrá las sombras felices en el Eliseo! ¿podré narrarte mis dolores? ¿Con cuán tierno afán te buscaba en los lugares donde te habia visto y en derredor de estas tristes prisiones que á mi amor te robaban! ¿Ah! me decia, no prepararé ya su tálamo nupcial, ni encenderé la antorcha de su himeneo, condenado á vagar solitario por la tierra, pues los dioses me han robado mi corona y

mi alegría! Cuando estrechaba á mi hija en mis brazos en las costas del Atica, ¿la estrechaba por última vez? ¿Cuán dulces miradas fijaba en mí! ¿Con cuánta ternura me sonreía! ¿Eran aquellas su postrera mirada y sonrisa? ¿Oh facciones queridas, de nuevo encontradas! ¿Oh rostro en que se pintan el candor y la inocencia, formados pareceis para la felicidad! ¿Cuánto placer es sentir palpar ese corazón joven y lleno de vida, sobre este corazón decrepito y gastado por el dolor!

Así desahogaban Cimodocea y Demodoco el oprimido pecho: Alcion que forma su nido sobre las inquietas olas, hace oír con sus hijuelos dulces lamentos en el flotante nido que las mares tragan en breve. Doroteo mandó encender antorchas y llevó al padre y á la hija á una sala donde habian sido preparados dos lechos, y les abandonó á la efusión de su ternura. Toda la noche hubiese trascurrido en mútuas relaciones y tiernas caricias, si el sacerdote de los dioses no hubiera exclamado, arrojándose á los pies de Cimodocea:

—¡Oh hija mía! pon término á mis temores y desventuras! Abjura esos altares que te esponen sin cesar á nuevas persecuciones, y vuelve al paterno culto. Hierocles no es temible ya, y el que debe ser tu esposo...

Cimodocea se precipitó á su vez á los pies del anciano.

—¡Mi padre á mis plantas! exclama, levantando á Demodoco; ¡ah no tengo fuerza bastante para soportar esta prueba! ¿Oh padre mio! perdona á una débil hija, no la seduzcas y déjale el Dios de su esposo! ¿Si supieses cuánto ha aumentado este Dios el respeto y el amor que te profeso!

—Ese Dios, replicó Demodoco, ha intentado robarme mi hija, y te roba tu esposo!

—¡No! repuso Cimodocea, no perderé á Eudoro, pues vivirá siempre, y el brillo de su frente se reflejará en la mía.

—¿Cómo! respondió el sacerdote de Homero, ¿no perderás á Eudoro cuando baje al sepulcro?

—No hay sepulcro para él, dijo la inspirada doncella; no se llora á los cristianos muertos por su Dios, como á los demás hombres.

Cimodocea, que abrigaba en su corazón un alto propósito, invitó á su agitado padre al sueño y le pidió ocupase un lecho, pues el anciano no queria renunciar ni un momento á la vista de su hallada hija, temiendo siempre volver á perderla: así, cuando un hombre se ha visto perseguido durante mucho tiempo por un funesto ensueño, al despertar ve todavía la espantosa imagen, sin que la naciente aurora tranquilice su azorado espíritu. Cimodocea se queja de su cansancio, é inclinándose sobre el otro lecho, situado en la opuesta estremidad de la sala, dirige en voz remisa esta sentida plegaria al Eterno:

«Dios desconocido que sondeas el fondo de mi corazón; Dios que has visto morir á tu único Hijo! si mis designios te son aceptos, envía á mi padre uno de esos espíritus que se llaman tus ángeles; cierra sus ojos cansados de llorar, y acuérdate de él cuando yo le haya abandonado por tí!»

Dijo: y su oración voló con alas de fuego al seno del Eterno.

El Eterno la recibe en su misericordia, y el ángel del Sueño abandona al punto las bóvedas etéreas. Ostentando el cetro de oro que le sirve para mitigar las penas de los justos, atraviesa la region de los soles y se inclina hácia la tierra á donde le conduce un prolongado grito de dolor. Al llegar al globo, detiéndose un momento sobre la mas culminante cima de las montañas de la Armenia; busca con ávida mirada los desiertos donde florecieron un día las perdidas campiñas del Eden, y recuerda el primer sueño del hombre, cuando Dios formó de la costilla de Adán la her-

mosa compañera que perder y salvar debia la raza humana. Pronto tiende el raudo vuelo al monte Líbano, á cuyo pié ve los profundos valles, los espumosos torrentes, los altivos cedros, y toca las llanuras donde los patriarcas gozaban de sus dones á la sombra de una palmera. Cruza los mares de Sidon y Tiro; y dejando á lo lejos el destierro de Teucer, el sepulcro de Aristómenes, la Creta amada de los reyes y la Sicilia, cara á los pastores, descubre las costas de Italia. Hiende los aires sin rumor alguno, sin agitar las leves alas, y esparce á su paso la frescura y el rocío; muéstrase, y las olas se adormecen, dóblanse las flores sobre sus tallos, oculta la paloma su cabeza bajo las quietas alas y duerme el león en la apartada caverna. Las siete colinas de la ciudad eterna ofréncense al fin á las miradas del ángel consolador, que mira horrorizado á un millon de idólatras turbar la calma de la noche; abandónales á su criminal insomnio, y al mostrarse sordo á la voz de Galerio, cierra á su paso los ojos de los mártires y vuela al solitario retiro de Demodoco. Este padre infortunado se agitaba calenturiento en su lecho, pero el divino mensajero estiendo sobre él su cetro de paz y toca sus párpados: Demodoco cede al punto á un profundo y apacible sueño; que no habiendo conocido hasta allí sino á ese sueño hermano de la muerte, morador de los infiernos é hijo de aquellos demonios llamados dioses entre los hombres, no conocia ese sueño de vida que procede del cielo: encanto poderoso formado por la paz y la inocencia, que no crea vanos ensueños, que no abruma el alma y que parece ser un dulce vapor de la virtud. El ángel del descanso no se atreve á acercarse á Cimodocea, entregada á la oración; é inclinándose respetuoso ante ella, la deja en la tierra y vuela á esperarla en el cielo.

## LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

SUMARIO. Despedida á la Musa. Enfermedad de Galerio. El anfiteatro de Vespasiano. Eudoro es conducido al martirio. Miguei aherra á Satanás en el abismo. Cimodocea abandona á su padre y se reúne á Eudoro en el anfiteatro. Galerio sabe que Constantino ha sido proclamado César. Martirio de los esposos. Triunfo de la Religión Cristiana.

¡Oh Musa que te dignaste sostenerme en carrera tan larga como peligrosa, torna ya á las celestiales mansiones! Descubro los limites de mi carrera; voy á bajar del carro, que para cantar el himno de los muertos no he menester de tu auxilio. ¿Qué francés ignora hoy los cantos fúnebres? ¿Quién de nosotros no ha llevado su luto al pié de una tumba, ó no ha herido al aire con funerario grito?

Todo ha concluido, ¡oh Musa! un momento mas, y abandonaré para siempre tus altares! No diré los amores y los seductores delirios de los humanos porque es preciso abandonar la lira con la juventud. ¡Adios! consoladora de mis días, tú que participaste de mis placeres y con harta mayor frecuencia de mis dolores! ¿Puedo separarme de tí sin amargo llanto? Niño era todavía cuando subiste á mi rápida nave y cantaste las tormentas que rasgaban mi combatida vela; tú me seguiste al techo de corteza del salvaje, y en las soledades americanas me hicistes hallar los bosques del Pindo. ¿A qué costa no has llevado mis ilusiones ó mis infortunios? Conducido sobre tus alas, he descubierto en medio de las nubes las desoladas montañas de Morvén; he penetrado en los bosques de Irminsul, he visto correr las aguas del Tiber, he saludado los olivos del Cefiso y los laureles del Eurotas. Tú me mostraste los enhiestos cipreses del Bósforo y los vacíos sepulcros del Simois. He atravesado

contigo el Hermo, rival del Pactolo; contigo he adorado las aguas del Jordan y orado sobre el monte Sion. Menfis y Cartago nos han visto meditar sobre sus ruinas; y en los escombros del palacio de Granada hemos evocado los entusiastas recuerdos del honor y del amor. Entonces me decias:

«¡Aprende á conocer esa gloria cuyo teatro puede recorrer en breves días el mas oscuro y desvalido viajero!»

No olvidaré, ¡oh Musa! tus lecciones, ni dejaré despenarse mi corazón de las elevadas regiones donde lo has colocado. Los talentos que dispensas se debilitan al trascurso de los años; la voz pierde su vigor y los dedos se hielan sobre el laúd; pero los nobles sentimientos que inspiras pueden sobrevivir á los demás dones que dispensas. ¡Compañera fiel de mi vida! al volar á los cielos, déjame la independencia y la virtud. ¡Vengan estas vírgenes austeras á cerrar para mí el mágico libro de la poesía y á abrirme las severas páginas de la historia! He consagrado la edad de las ilusiones á la risueña pintura de la mentira; quiero, pues, emplear la edad de los tristes recuerdos en el grave cuadro de la verdad.

Mas, ¿qué digo? ¡no he abandonado ya el país encantador de la mentira? ¿Ah! los males que Galerio ha hecho sufrir á los cristianos, no son, no! vanas ficciones.

Justo era ya que el cielo vengase en el oprimir la causa de la oprimida inocencia. El ángel del Sueño, desoyendo inflexible los ruegos de Galerio, le ha entregado al ángel exterminador: el vino de la cólera de Dios, al penetrar en las entrañas del perseguidor de los fieles, ha agravado una enfermedad oculta, fruto de la intemperancia y del vicio. Desde la cintura hasta la cabeza, Galerio es un esqueleto cubierto de una piel livida, plegada entre los huesos; la parte inferior de su cuerpo está horriblemente hinchada y sus pies han perdido su forma. Cuando en un vivero cubierto de juncos y caprichosas flores, una serpiente se enrosca en rededor de un toro, este se debate entre los estrechos nudos del reptil, y en vano hiere el aire con las retorcidas astas; pronto, empero, domado por el sutil veneno cae y se revuelca exhalando impotentes bramidos: así se agita, muje y brama Galerio, cuyos intestinos devora hedionda gangrena. Para destruir los gusanos que roen á este señor del universo, se consagran á sus famélicas llagas animales recién degollados, y se invoca á Apolo, á Esculapio y á Higia: ¡ídolos impotentes á librar de los gusanos su propio corazón!

Galerio manda decapitar á los médicos que no hallan remedio á sus dolencias.

«¡Príncipe! le dice uno de ellos, educado en secreto en la fe cristiana; siendo esta enfermedad superior á los recursos del arte, preciso es buscar su origen en causas mas altas: recuerda lo que contra los servidores de Dios has hecho, y sabrás á quien debes acudir. Dispuesto me hallo á morir como mis hermanos, pero te anuncio que los médicos no te curarán.»

Esta franqueza causó á Galerio temibles arranques de ira, pues no podia resolverse á reconocer la impiedad del título de Eterno con que habia engalanado una existencia momentánea. Su encono contra los cristianos se duplica, y lejos de intentar suspender su suplicio, confirma su primera sentencia y espera impaciente el día señalado para ofrecer en el anfiteatro el repugnante espectáculo de un príncipe moribundo que acude á presenciar la muerte de sus súbditos.

Su bárbara impaciencia no tardó en verse satisfecha: ya las amarillentas aguas del Tiber, las colinas de Alba, los bosques de Lucretilio y de Tibur sonreían á los apacibles destellos de la naciente aurora. El rocío brillaba suspenso en las plantas como un